

Cartas a Mis Pacientes



Ilustración: José Luis Alcover Lillo.

M. Gloria Alcover Lillo*

Velocidad de Acción del Remedio Homeopático y Tiempo de Curación (el Pequeño Mustafá)

Queridos pacientes y amigos de la Homeopatía:

Como siempre, procuro reflexionar en estas líneas sobre alguno de los muchísimos aspectos que se deben tener en cuenta naturalmente cuando nos encontramos dentro de una situación de enfermedad, ya sea aguda o crónica, personal o con alguno de nuestros familiares, hijos, amigos, parientes, etcétera. En esta ocasión deseo hablar sobre el **tiempo de la curación**, el tiempo necesario para permitir la evolución de la resolución de la enfermedad.

En nuestro mundo posmoderno actual, uno de los mayores problemas es el **tiempo sin tiempo** en el que vivimos y se desarrolla todo lo que concierne a nuestra vida. Este conflicto entre **cultura y naturaleza** crea un desorden muy importante, hasta el punto de llevar las situaciones a un nivel de imposibilidad de la realización adecuada de las cosas. Dicha afirmación se puede constatar en todo lo que nos acontece como seres humanos, y de manera especial en el momento de la enfermedad.

*La autora es médico cirujano por la Universidad Complutense de Madrid (España), con especialidad en Ginecología y Obstetricia; además, tiene la especialidad en Homeopatía por la Escuela de Posgrado de Homeopatía de México, A.C., y es miembro de honor de la Universidad de Sevilla, la Academia Médico Homeopática de Barcelona, la Escuela Médico Homeopática Rumana, la Escuela Médico Homeopática Ecuatoriana, la Escuela Médico Homeopática de Bogotá y el Instituto G. Páez de Bogotá.

Existen muchos modos de enfermar. Si hacemos una pequeña síntesis que ha sido magníficamente señalada en el *Organon* de Hahnemann (lo digo para puntualizar la finura clínica y la precisión que ha tenido siempre el genio descubridor de la Homeopatía), podremos decir que las manifestaciones de lo que llamamos **enfermedad** pueden dividirse en:

a) Indisposiciones

Son todas aquellas manifestaciones que alteran el bienestar de una persona porque ésta ha faltado en algún modo a la higiene de su vida. Por ejemplo, cuando alguien se pega un atracón navideño y siente empacho, náuseas e incluso vómito y diarrea. Estas indisposiciones tienen **su propio tiempo de evolución**.

b) Enfermedades epidémicas

Hablamos de ellas cuando una persona empieza a sufrir manifestaciones de malestar junto con muchas otras personas que se enferman de igual modo. De hecho, **epidemia** significa una manifestación colectiva que altera y afecta a un gran número de personas. En esta manifestación epidémica hay un tiempo donde los síntomas son predominantemente iguales en todas las personas, por ejemplo la última epidemia de bronquitis catarrosa que ha afectado a muchísimas personas en todo el mundo, adultos, viejos y niños, incluyendo al paciente del que hablaremos en esta carta: nuestro pequeño Mustafá.

Pasado el primer momento, si la enfermedad no se ha curado los síntomas cambian en cada persona porque su propia naturaleza individual, con su forma personal de reaccionar, muestra y se manifiesta de forma diferente dentro de la epidemia. Si en el primer momento un remedio puede corresponder a todos los enfermos afectados, en una segunda fase cada paciente tendrá la necesidad de un remedio diverso según su propia naturaleza y sus características. Estas enfermedades epidémicas tienen **su propio tiempo de evolución**.

c) Enfermedades agudas

Son manifestaciones más o menos repentinas de sufrimiento. Afectan al individuo en su totalidad, aunque el malestar se concentre en un órgano, como sucede con el sarampión, la varicela, la viruela o una apendicitis, por ejemplo. Se trata de situaciones que tienen una serie de características naturales de evolución: inicio, explosión y resolución. Asimismo, tienen también **su propio tiempo de evolución**.

d) Enfermedades crónicas falsas

Ponen en evidencia una serie organizada de sínto-

mas y sufrimiento que tiene la característica de depender de un estímulo concreto, que es la causa de la enfermedad. Por ejemplo, los síntomas que una persona alcohólica presenta al ingerir un tipo determinado de bebida embriagante que le cambia la personalidad y la condición física, causándole mayor o menor malestar, o bien, los síntomas consecutivos al tabaquismo, a una mala forma de vida por hacer trabajos que no le corresponden o por no poder dormir, comer o vivir con el mínimo indispensable que se estima como ideal. Estas enfermedades son falsas porque no surgen del interior del individuo, sino que dependen de un estímulo externo. Son crónicas porque son persistentes mientras continúa el estímulo nocivo. Si todavía a tiempo se elimina el estímulo que genera el desequilibrio, la persona vuelve a su bienestar. Estas enfermedades también tienen **su propio tiempo de evolución**, diferente al de las demás.

e) Agudizaciones de enfermedades crónicas

Se observan en situaciones críticas de una situación anterior que condiciona la agudización, por ejemplo: una bronquitis hemorrágica en un paciente tuberculoso, una hemorragia uterina en una paciente con endometriosis fibromatosa, un cólico biliar en una persona con cálculos en la vesícula, o cosas similares. Esta situación aguda tiene **su propio tiempo de evolución** en función del tipo de agudización y de la condición de enfermedad crónica del paciente, su edad, sus características, sus condiciones y sus posibilidades biológicas.

f) Enfermedades crónicas verdaderas

Son de carácter hereditario y expresan un modo en el que el ser humano se encuentra mal en su totalidad, física y psíquicamente. Señalan el límite y la **incapacidad** del individuo para realizar la vida que le pertenece. Determinan un modo de pensar, de comprender, de sentir, de amar y de pervertir la vida que esclaviza al individuo, lo deforma y le da la experiencia de su dificultad o incapacidad de vivir bien. Indudablemente, estas enfermedades tienen **su propio tiempo de evolución** ineludible.

Esta síntesis ya nos pone frente a una particular atención y necesidad de expectativa inteligente, bien como posibles enfermos, como familiares de los enfermos e, indudablemente, como médicos.

En nuestra época de posmodernos ciegos y prepotentes, embaucados por el mito deformante de la **analgesia** como *desideratum* del bienestar y empujados por el hedonismo imperante que crea la idea falsa de que el bienestar es no sufrir y satisfacer inmediatamente los deseos sensitivos del organismo, los médicos

y los pacientes nos encontramos con un gran obstáculo: **no nos damos cuenta de lo que está pasando.**

¿Cómo podemos ayudar a lo que tenemos delante y cómo saber esperar la buena evolución del proceso salvífico, que es siempre cualquier enfermedad? En una próxima carta hablaremos de eso exactamente: ¿por qué la enfermedad, incluso crónica, la podemos o debemos considerar como salvífica si el paciente está muriendo?

En la ceguera de esta realidad, y empujados por cuanto he dicho, lo que desea e incluso exige un paciente de la medicina posmoderna es que actuemos **inmediatamente** a cualquier precio. Que inmediatamente quitemos el dolor y desaparezcan los síntomas de cualquier naturaleza y se restituya la normalidad (verdadera o falsa) del paciente para que todo “vuelva a sonreír” y no exista la sombra de lo que caracteriza esta nuestra condición humana: el dolor y el sufrimiento como consecuencias de haber perdido el orden de nuestra propia existencia, individual, hereditaria o familiar y social. El propio dolor y el propio sufrimiento como instrumentos inevitables de crecimiento, madurez personal y comprensión para la restitución de la vida que a cada uno nos pertenece.

Por eso, mi pequeño Mustafá nos pondrá el ejemplo.

Mustafá tiene 2 años. Ha venido al mundo por casualidad, pero ha sido amadísimo por su madre en primer lugar y después por todos. Hijo único, sobrino único y nieto único. No habla todavía porque entre otras cosas es hijo de un papá africano y una madre europea. Y, como se sabe, el bilingüismo retrasa la dicción; pero mi pequeño Mustafá entiende todo, dice todo con los gestos y manda sobre los demás sin necesidad de abrir la boca y pronunciar lo que quiere.

Es poderoso mandando mensajes y dando órdenes que son atendidas rápidamente por todos sus familiares. Él es el centro del mundo que le rodea. Está dotado de un carácter extrovertido, simpatiquísimo, teatral, lleno de vivacidad e inquieto hasta el agotamiento de todos los que le siguen. Si viene contrariado es un auténtico niño histérico, teatrero y encantador. Como es muy explosivo, cada vez que hace una manifestación de enfermedad aguda es intenso, al punto que las fiebres son muy altas y ha tenido convulsiones febriles, motivo por el cual al mínimo sofoco todo el clan está en alerta, lógicamente.

Hace un mes se enfermó sin motivo aparente, excepción hecha de la epidemia que se ha des-

encadenado desde hace 3 meses en todo el mundo, aparentemente por los bruscos cambios de clima que caracterizan a nuestra época. Inició con una fiebre seca, ardiente y sin sed particular, sin escalofríos.

La alerta sonó en la familia y me llamaron. Después de una dosis de **Belladonna 6CH** cada 2, 3 horas, para evitar el miedo a las convulsiones de los familiares y las convulsiones posibles en la criatura, lo apropiado **era observar y dejar que se manifestaran los síntomas claros de lo que se estaba incubando.** Pero, **naturalmente**, no había tiempo para los observadores.

Sus familiares, que no le quitaban el ojo de encima, veían y me referían un síntoma distinto a cada respiro de mi pequeño Mustafá. Uno decía que tenía catarro en los bronquios; otro que no, que era en la nariz. Uno decía que la fiebre quemaba y otro que no tanto. Uno comentaba que estaba bien sin su madre, mientras que otro me decía que estaba muy inquieto y no quería nada. Uno me decía que tenía una otitis porque se tocaba el oído, y otro que era el catarro de la nariz que le molestaba.

El abuelo, a escondidas, le daba Tachipirina (paracetamol) porque no podía soportar la idea de que la criatura tuviera fiebre. La abuela, exhausta, luchaba con todos para tratar de no confundirse mientras la madre tenía que ir a trabajar, lo que, en consecuencia, obligaba a mi pequeño Mustafá a soportar las ansias de todos sin los brazos de su madre. El papá estaba en África y mientras tanto pasaban las horas y los días.

Estaba irritable y llorón, sin saber si era por el dolor, por la falta de su madre o por el acoso de los abuelos. No obstante el campo de batalla y el asedio, el principio vital de mi pequeño héroe, pertrechado por su buena fuerza vital y a caballo de su sistema inmunitario, pudo saltar “el puente levadizo” y empezó a presentar **síntomas peculiares**, los cuales se mantenían, no obstante, en la confusión. Síntomas que caracterizaban la epidemia del momento. Una epidemia de bronquitis catarrosa y de evolución lenta. Un catarro difícil de eliminar.

La enfermedad del pequeño Mustafá coincide con su asistencia a la estancia infantil. El 22 de noviembre debuta con fiebre alta, de 39° C, además de tos con catarro y resfriado. Está llorón, fastidioso y alicaído. Se le da **Pulsatilla 6CH**, 1 cucharadita cada 3 horas de una preparación hecha con 1 solo gránulo o glóbulo disuelto en 1 vaso de agua, porque es un niño muy sensible a los remedios. No obstante, la fiebre persiste y toda la familia está en alerta. Frente

a los síntomas confusos y una fiebre ahora de 40° C, ardiente, seca, sin sed ni apetito, se le administra **Sulphur 6CH**, 1 gránulo disuelto en 1 cucharadita de agua cada 3 horas. Todos esperan la resolución inmediata del cuadro y, sobre todo, de la fiebre. A pesar de que ésta aminora, comienza la “danza de los remedios” por falta de claridad.

Como no puedo ver ni auscultar al niño, lo remito con la pediatra de base. Le diagnostica una bronquitis asmática leve. La fiebre disminuye a 37° C. La pediatra le prescribe **Antimonium tartaricum 15 CH** como remedio. Yo respeto y acepto, y el niño toma 3 gránulos disueltos en 1 vaso de agua cada 3 horas, con el consejo de alejar en la medida en que mejore. Los familiares difícilmente saben hacer esta valoración porque habitualmente el miedo no les permite observar bien. Le dan el medicamento durante dos días y parece que la fiebre desaparece; en plena convalecencia mandan al niño a la escuela otra vez. Y de nuevo se enferma.

La tarde del 3 diciembre, mientras juega, vuelve a estar llorón, inquieto e irritable. Vuelve la fiebre, pero esta vez empieza a quejarse de dolor en el lado izquierdo mandibular, cerca del oído. Es de noche y le mando **Belladonna 6CH**, 3 gránulos disueltos en un vaso de agua cada 2 o 3 horas (con la idea de suavizar la fiebre en caso de que comience a elevarse y a alertar a todos). Evidentemente no se resuelve la situación; al día siguiente regresan con la pediatra con fiebre de 38.5° C y diagnóstico de otitis anterior del oído izquierdo.

Como vemos, los síntomas empiezan a girar sin una real resolución y mejoría total del paciente por falta de claridad. Vuelvo a dar **Sulphur 6CH**, 3 gránulos disueltos en un vaso de agua cada 3 horas; empieza a presentar moco purulento en la nariz que no puede expulsar, llanto y fiebre alta con las características iniciales: seca, por la tarde, sin sed, sin apetito, con sueño y agotamiento. Le mando **Pulsatilla 6CH**, 2 gránulos cada 2 horas.

Al día siguiente va al hospital y le realizan un análisis de sangre que revela 18,000/9,000 mil/mm³ de glóbulos blancos (leucocitos) y proteína C reactiva (PCR) alta, lo cual es coherente con el cuadro. Ante todo esto decido pasar otra vez a su remedio profundo. **Sulphur 30CH**, 1 gránulo 3 veces al día hasta la curación, y así sucede.

Reflexiones

Como hemos dicho muchas veces, el remedio homeopático no va dirigido a eliminar los síntomas sino a desencadenar la reacción curativa de la totalidad

del individuo. Estimulada en modo adecuado, la fuerza vital, de la mano del principio vital y el famoso sistema inmunitario individual del paciente, desbloquea todos los mecanismos del organismo físico y mental para lograr la restitución de la salud; en consecuencia, los síntomas desaparecen porque se desvanece el desorden vital.

Si los síntomas desaparecen, pero el paciente no está mejor al punto de ser más resistente, menos vulnerable y sentirse bien en todos los sentidos, quiere decir que el remedio o los remedios consecutivos no son adecuados. Se ha suprimido un cuadro morbosos o enfermedad sin la consecutiva curación real del paciente. Y, como hemos visto, así ha pasado con nuestro pequeño Mustafá.

En efecto, la dificultad de **no saber esperar** a la expresión específica y suficientemente completa del cuadro, así como la intervención antes de tiempo con un remedio “a ojo”, van creando confusión. Prescribir por el nombre de un estado de enfermedad puede crear confusión y suprimir el cuadro, cosa que se reconoce porque **todo vuelve**. Se libera relativamente de la fiebre, pero el cuadro general empieza a girar de forma desordenada. El intentar resolver el problema poniendo en primer lugar las ansias familiares oscurece la comprensión de lo que se debe curar y cómo se debe curar.

Es necesario comprender que el estado de enfermedad de cualquier tipo tiene su **propio tiempo de evolución**, y aunque éste se puede acortar extraordinariamente con el remedio adecuado, se tiene que cumplir. El deseo de hoy, ya habitual, de que **todo desaparezca** instantáneamente es contraproducente, antinatural y no llega a buen término. Como consecuencia, un estímulo de desorden que complica las cosas.

La conclusión para todos nosotros, médicos y pacientes, es que **se debe saber esperar el tiempo justo**. Un tiempo que puede ser muy variable, desde cinco minutos hasta cinco horas, hasta que los síntomas se manifiesten bien: **predominantes, extraordinarios, peculiares y singulares**, tal como Hahnemann dejó escrito en el parágrafo 153 del *Organon de la medicina*, ciencia y arte de la curación. Haciéndolo así se cumple lo que es el ideal de la curación: que sea breve, suave y estable. Esto se alcanza en forma óptima con el reconocimiento del *simillimum* o verdadero remedio homeopático, favoreciendo así no sólo a la restitución del bienestar sino a la evolución genuina del propio paciente.

Como siempre, un abrazo afectuoso.